

LA ENTREVISTA

Faltaban pocos minutos para las siete. Si me daba prisa, aprovecharía el turno completo para entrevistarla.

Al llegar al hospital me dieron las instrucciones de rutina para evitar que una crisis entorpeciera el tratamiento. Yo más que nadie sabía el riesgo que corría al encontrarme con ella. Un hombre vestido de blanco me condujo por un oscuro corredor. El ruido de mis pasos contrastaba con el silencio. El guardia se detuvo frente a una de las puertas, la empujó y entramos los dos. Era una habitación pequeña con dos sillas y una mesa. Al extremo opuesto de la entrada pendían unas cortinas azules que parecían cubrir un fino cristal. El hombre puso una silla frente a ellas, las descorrió y sin decir palabra desapareció.

Al ver que no llegaba encendí un cigarrillo y repasé algunos pasajes de su historial: Ana obsesionada con gatos, Ana de noche a oscuras bailando a solas con la luna hasta el amanecer, Ana con los ojos vendados acurrucada en el jardín...

De pronto me sentí observada, levanté la vista y me encontré con ella. Sus labios dibujaron una sonrisa respondiéndole a la mía, nos sentamos e inicié la charla:

- ¿Cómo estás Ana?
- Eso dímelo tú, que para eso has venido.
- Te veo bien, pero no me basta. Necesito que tú me respondas cómo te encuentras.
- Mírame- dijo con un tono sarcástico.

Su mirada no me gustaba, y preferí continuar la entrevista sin involucrarme.

- Ana, cuál crees que es el motivo por el que estás aquí.
- Se trataba de ella o yo. -Aseguró levantando los hombros- No se pueden colocar dos piezas de ajedrez en un mismo espacio. ¿Lo comprendes?

Sin querer hacerlo la entendía.

- Entonces, ¿qué ocurrió?

Sus ojos penetraron en los míos como si quisieran cegarlos. Yo desvíe la mirada, poco después bostezo y estiró su cuerpo con ridícula pereza. Las

mangas de la bata resbalaron por el antebrazo, dejando al descubierto dos parches en sus muñecas que respondían a mi pregunta.

Algo se extinguió dentro de mí.

- ¡Eso es imposible, tú no Ana!. -Supliqué con rabia- Tú no eres de aquellos que se dan por vencidos sin antes combatir.

- Por primera vez coincidimos -afirmó con serenidad-. Combatí en la batalla y contra todo presagio gané.

No pude más y levanté la voz pasando por alto las indicaciones de los médicos.

- ¿Acaso crees que estos muros blindados se levantaron para homenajear tu triunfo?

- No, por supuesto que no. Sino para recluir tu derrota, tu inexorable y compleja existencia -concluyó-.

No entendí nada, temí de pronto haberle provocado una nueva crisis, pero por primera vez parecía segura, satisfecha con lo que decía. No pude responder. Se levantó como si diera por terminada la entrevista, hizo un gesto absurdo al despedirse y al correr las cortinas la habitación oscureció.

Un escalofrío se ocultó bajo mi piel. Tuve miedo. Busqué la puerta, pero ya no estaba. No había mesa, ni sillas... -¡El cristal! - Sí, era mi única salida. Corrí hacia él, lo rompí con fuerza. Cayó en añicos, para dejarme sentir un muro grueso, frío y una vieja clavija que sostenía el marco de un espejo que nunca más volvería a mirar.